

PLUMA y LAPIZ



LEYENDAS Y TRADICIONES

(GUIPÚZCOA)

ERA la época en que nuestra patria escribía una de las más brillantes páginas de su luminosa leyenda. España hacía la guerra á Francisco I de Francia, quien, logrando parciales ventajas que habían de concluir en tremenda caída, logró que sus tropas pusieran apretado cerco á Pamplona. Corta la guarnición, pero animosa y resuelta, resistía bravamente las acometidas del enemigo, alentada por valerosos jefes, entre los que se distinguía un joven guipuzcoano, nacido en Loyola y llamado Ignacio Yañez y Saez.



SANTUARIO DE S. IGNACIO DE LOYOLA.

realizaran verdaderos prodigios, rechazando una y otra vez las acometidas de los sitiadores de Pamplona. Y la certeza é importancia del influjo que ejercía Ignacio sobre los suyos, quedaron evidenciadas cuando en funesto, mas por otra parte glorioso día, una bala enemiga alcanzó al héroe, destrozándole una pierna y maltratándole otra; pues desde que quedó fuera de combate, ya no fué posible continuar la defensa y hubo de rendirse el castillo.

Los franceses, testigos de las proezas del joven, guardáronle tan gran consideración, que le permitieron retirarse á su casa para que allí se le prestaran los cuidados que exigía su estado. Este llegó á ser tan grave que hubo necesidad de dar al herido los Santos Sacramentos; pero, á partir de entonces, se inició la mejoría, que tardó poco en convertirse en convalecencia.

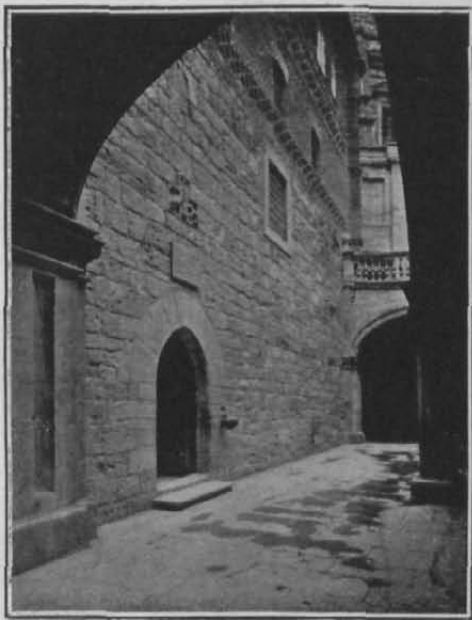
Para matar el aburrimiento de ésta, pidió Ignacio que se le facilitase algún libro de Caballerías; mas no se encontró ninguno, por suerte suya, y diéronle, en cambio, una *Vida de Jesucristo* y algunas otras de diversos santos, cuya lectura varió de tal modo sus ideas, que acordó renunciar á la milicia y consagrarse por completo al servicio de la Iglesia.

Temeroso de la oposición de su hermano mayor, á nadie comunicó su proyecto. Cuando recobró por completo la salud, abandonó su casa solariega, en compañía de dos criados, bajo pretexto de que iba á visitar á su pariente, el duque de Nájera; pero muy luego despidió á dichos dos servidores y, encaminándose á Cataluña, llegó á Montserrat, donde, después de hacer confesión general, colgó su daga y su espada á los pies de la Virgen, regaló al monasterio su cabalgadura y á un mendigo el rico traje que llevaba y que cambió por un tosco sayal, hizo voto de perpétua castidad y, proponiéndose substituir también la milicia de los hombres por una milicia espiritual, *veló sus armas*, á fin de prepararse á entrar en ella. Trasladóse luego á Manresa; hizo penitencia en el Hospital de Santa Cruz, y en una cueva, convertida hoy en santuario, compuso los ejercicios que llevan su nombre.

Continuando su peregrinación, estuvo en Tierra Santa y, convencido de que si había de llevar á cabo su empresa precisábale poseer grandes conocimientos, volvió á España, teniendo la fuerza de voluntad de comenzar en Barcelona, á los 33 años de edad, el estudio de la gramática, al que siguieron los de la Filosofía, que cursó en Alcalá y en París. Ya en este último punto, aprendió Teología en los Jacobinos, donde hizo amistad con otros seis estudiantes, llamados Francisco Javier, Pedro Lefevre, Santiago Lainez, Antonio Salmerón, Nicolás Alonso de Bobadilla y Simón Rodríguez de Acevedo. Juzgán-

Era éste de noble origen; el menor de los numerosos hijos de Beltrán Yañez de Oñez y Marina Saez de Balda. Después de haber sido paje de los Reyes Católicos, había-se dedicado á la milicia, en la que tuvo por maestro á su pariente don Antonio Manríquez, duque de Nájera, que pudo vanagloriarse de haber sacado un excelente discípulo; pues si bien difieren los autores sobre la conducta privada de Ignacio, en este periodo de su vida, (suponiendo unos que fué un desenfrenado libertino, mientras sostienen otros que su morigerada existencia de entonces presagiaba ya su futura santidad), todos están contestes en elogiar su bizarría.

De ella dió buena y última muestra en la ocasión á que al principio hemos aludido. Su arrojo en los combates, su inquebrantable firmeza y sus continuas exhortaciones, hacían que las tropas á sus órdenes



LA SANTA CASA.



DETALLE DE LA FACHADA PRINCIPAL.

¿Ha respondido siempre la Compañía al pensamiento de su santo fundador? ¿Alguno ó algunos de sus miembros han cometido los hechos que se les imputan? Lo ignoramos, aunque nos resistimos á creerlo, pues harto sabemos cuán expuestos se hallan á la calumnia cuantos luchan, material ó espiritualmente, por el triunfo de una idea; sobre todo si han llegado á ser adversarios temibles. Es indudable que

en una colectividad muy numerosa ha de haber de todo, bueno y malo; hasta en el apostolado hubo un Judas, y tratábase solamente de una docena de personas: esta reflexión, que no por lo vulgar deja de ser gráfica y exacta, bastaría para quitar importancia al hecho de que tal ó cual individuo de la Compañía hubiese cometido faltas y aún delitos, de grande ó pequeña entidad.

Pero se han dirigido también contra la poderosa asociación, en la que, sin embargo, han abundado siempre eminencias en diversos ramos del saber y dechados de santidad, otros cargos de carácter asimismo colectivo, respecto de los cuales reconocemos nuestra incompetencia, por falta de datos, para apreciar su exactitud ó su falsedad, bien que desde luego conceptuamos ridículas y abominables patrañas lo de la *Mónita secreta*, y otros absurdos inspirados por el espíritu sectario.

Por lo demás, no es de nuestra incumbencia ventilar tal cuestión, ni sería este sitio á propósito para ello. Bástanos haber consignado cuál fué el origen de la Sociedad de Loyola, cuyo poder é influencia son innegables, y que, después de haber tenido la satisfacción de ver elevado á los altares á su ilustre fundador, muerto en 1556, ha creído oportuno honrarle con la construcción del santuario levantado donde estuvo su casa solariega, en el término de Azpeitia, y en el que no faltan bellezas artísticas de las que pueden dar idea los grabados que á estas líneas acompañan y que hacen innecesarias más prolizas explicaciones.

E. B.



ALTAR MAYOR.



ESCALERA INTERIOR DEL COLEGIO.

Fotografías de Hauser y Menet.

USIAS DE CASINO

Si, señor, somos el país más democrático de la tierra, esto es indudable: pero por treinta reales al mes ó por treinta mil al año, el ciudadano pasa de simple particular á usía, en el Casino madrileño.

¡Oh, España!

¡Al que le dan una cruz sencilla de cualquier cosa, se le habla de *usted*, en cartas y comunicaciones oficiales!

Si le dan una encomienda, le llaman, *usía ilustrísima*, como á los obispos; y en llegando á la *gran cruz*, ¡Excelencia!

Suele ocurrir á lo mejor, que tal *Excelencia* se come los fondos de una provincia, y después de vivir del juego y de las hermosuras numeradas, sale de noche para Madrid, sino pasa por los tribunales; pero en la *gala* sigue siempre el *Excelentísimo* señor don Fulano de Tal, y cada vez que le invitan á cualquier parte, le ponen el *Ex.*, y el *Sr.*, ¡lo mismo que á los condes y á los duques de veras!

Pero la gran cuestión es que á fines del siglo diecinueve, en ésta nuestra España, los que no tengan *Señoría* tengan *Merced*, aunque estén entre *merced* y *señoría*...

Se funda un círculo, un casino, un centro cualquiera en el que lo importante y esencial es jugarse el pelo y pelarse los socios unos á otros. Entran en él toda casta de pájaros sociables posibles, desde el grande de España hasta el jugador de oficio, y desde el magistrado hasta el señorito sin oficio ni beneficio, bala perdida de su casa; y los criados, vestidos por la sociedad al uso de las casas aristocráticas, les llaman *usía* á todos. Y no es raro oír aquello de:—¿Ha llamado *usía*? Y el *usía* responde:—¡Que me traigan pepitoria de la taberna de la *Conchal*!

¿Qué deben pensar los criados de nuestras *Señorías*, en tal caso? Porque

ó sobra la materia, ó sobra el alma,

¡ó sobra la ración de bacalao de casa de Angel, ó sobran los calzones cortos y los zapatos de charol de los criados!

¡Esto se cae de su peso!

Pues lo mismo digo de los centros oficiales, de los que ya no me acordaba yo y á los que me volvieron mis desdichas.

Hasta el sueldo de veinticuatro mil reales, el hombre chupóptero *no tiene tratamiento*. Es un simple particular, á quien le hablan de igual á igual criados y porteros; pero en cuanto llega á los veintiséis mil, es decir, por ocho tristes duros y pico más al mes, asciende á *señoría*, así lleve las uñas de alivio de luto y se pise los pantalones.

Hasta cincuenta mil reales, *Usía*; y en llegando á subsecretario ó á ministro, *Vuecencia*. ¡Le pasa como con los azucarillos, que no se los dan en el agua hasta que llega á jefe de negociado! ¡A los auxiliares, agua pelada; y á los escribientes, agua del pozo!

En otras partes, los criados, lacayos, cocheros, porteros de gente rica ú oficial, hablan en tercera persona. Dicen:

—¿El señor ha llamado?
—¿Qué desea? ¿Quiere el

señor alguna cosa? Con esto se igualan las condiciones y no tienen que pensar los que sirven cómo llamarán al jefe ó al amo.

Aquí, donde todavía publicamos la bula por las calles con unos timbaleros que recuerdan el reinado de Carlos II, toda la vanidosa clase media se regodea oyéndose llamar *Usía* ó *Vuecencia*. A ningún vanidoso se le ocurre ni ve que el mendigo, el menesteroso lleno de andrajos, á quien hallará en la puerta del Club ó del ministerio, le dirá:—¡Una limosna por Dios, *hermanito*!

Hermanito. Esto es lo cristiano, lo español, lo tradicional, lo castizo; pero eso de entrar un contribuyente á caballo en el despacho de un ministro, es sumamente incómodo. Y digo á caballo, porque á todos les mandan *apear* el tratamiento. Pues si hay que apearse, ¿para qué montar? La vanidad humana tiene manifestaciones tan sumamente pueriles, que solamente viéndolas se conciben...

Allá, á principios del siglo, un *Usía* era alguien. Significaba una gran autoridad moral, un título de rancio abolengo, una vara de Corregidor... Conforme nos hemos ido democratizando, el número de *usías* se ha multiplicado hasta lo infinito. Santo y bueno que se le dé *Usía* al coronel de un regimiento, ó ilustrísima al arzobispo, á los que son *jefes* de esas dos milicias de la religión y de la patria. ¡Pero al *zurupeto*! ¡Al que tira á cinco, ó se queda con cuatro!—¡No va más!— ¡Nueve!—¡Nos ha reventado *Usía*!

Más prácticos y más serios los marinos, viven en familia en los barcos de guerra, sin que pierda en nada la disciplina. Al comandante se le llama don Manuel, ó don José ó don Antonio, según sea su nombre de pila. La gente civil oficial lo entiende de otro modo. ¡Todos *usías* y *vuecencias*! Parecemos á los italianos, que en cuanto les envían de por acá una encomienda cualquiera, se llaman, y los llaman hasta que se mueren, *il signor comendatore*, ¡y á veces el comendador tiene una *trattoria* en las afueras de Roma!

Nada, nada, hay que arreglar esto; ó todos ó ninguno. Yo estoy siempre por los de abajo y me duele que los españoles de poco sueldo no tengan mote. Hay que llamar á los auxiliares *vuesamerced* y hablar á los escribientes de *vos*, como en las comedias.—¿Ha llamado *usía*?—Tráigame su *merced* el expediente de las peritas, digo de los peritos.—Que venga el escribiente. Me *pondréis* á la firma la nómina, que es cosa muy urgente.—El ministro ha llamado á *Usía*.—¡Oh, qué gorda está *Vuecencia* y que bien *conservada*! decía un paisano mío.

Y vamos dando honores de jefe de Administración á

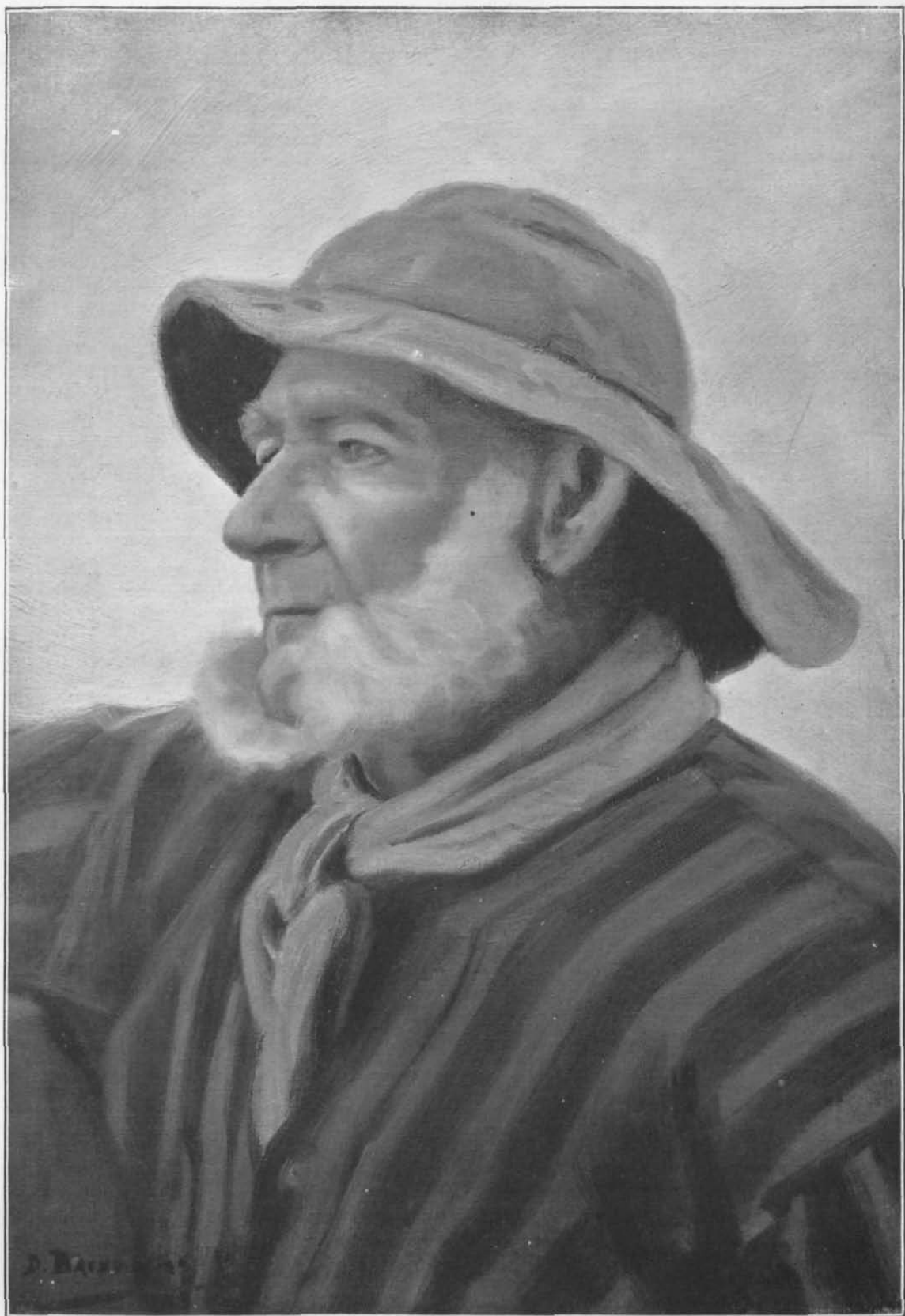
porrillo para que los honrados se pongan un uniforme que parece un ciento de sardinas. Y allá van cruces y placas y bandas y relumbros... ¡Y viva la democracia! En fin, á las ciudades les dan *títulos de Excelencia*, y hay vírgenes en los altares que tienen la gran cruz de Carlos III; ¡y entre tanto los maestros no cobran!

Pero los hay que tienen encomiendas, que para *encomiendo* deben ser muy buenas...

¡Oh, eterna absurda, hispánica bambolla!

EUSEBIO BLASCO





CABEZA DE ESTUDIO.

TRES CARTAS

A propósito de una

EXCMO. SR. D. MANUEL DEL PALACIO.

EXCMO. SR. D. VICENTE BARRANTES.

Hoy Enero 22 — del año 92.

23 de Enero del 92
santo del Monarca (q. n. g. D.

Caro Manolo: ¿hasta cuándo vamos á estar esperando veintitantos hombres graves en la casa que tú sabes, mal contados é imperfectos por culpa de los *electos*?

Vicente del alma mía: he recibido tus letras, de las cuales tienes hace dos semanas la respuesta, pues poco más, poco menos, eso hará, según mi cuenta, que el discurso concluido y copiado en toda regla, entregué á Manuel Tamayo para que llegar lo hiciera á manos del venerable director de la Academia. Sé que allí fué presentado, que anduvo de Ceca en Meca, que el Censor le ha dado curso y que solamente esperan verte por aquella casa, donde no vas por las señas; pues si no ¿cómo se explica me reclames una deuda que desde el año pasado saldada por mí se encuentra? Haz, pues, porque ese discurso te remitan ó remetan en la forma que se estile y según costumbre sea, bien por medio de un oficio, bien por un mozo de cuerda, y ya que yo fui tortuga, procura tú ser gacela, contestándolo en seguida del modo que te parezca, que yo sé que siendo tuyo, me ha de parecer de perlas. Y adiós, y que él te conserve la salud y las monedas que tan lejanas vislumbro, aunque las acuñan cerca, librándote de follones, fruto abundante en la tierra que, si es patria de Luis Vives,

Más formal, menos apático, aunque inválido y reumático, yo, para ser tu *magyar*, heme venido á habitar á la calle de Serrano, de tu casa tan á mano, que con alargarla sólo me sueltas el protocolo conque te esperan abiertas las Académicas puertas. Adiós. No pierdas de vista que anda la muerte muy lista, y aunque no hay gran diferencia entre el acto y la potencia para que de tí se acuerde, en la calle de Valverde, por una ficción legal, puedes juzgarte inmortal, y con más desembarazo hacer burla del trancazo. Esperándote, pues, queda enfrente de la Moneda, (suple casa, que del busto de nuestro Monarca augusto yo no he vivido jamás ni delante ni detrás, ni siquiera á la distancia que hay de Madrid á Francia), esperándote impaciente, tu buen amigo

VICENTE.

INÉDITAS

sección académica.

lo es también de Luis² Candelas.
Siempre tuyo,

MANUEL.

EXCMO SR D. MANUEL DEL PALACIO.

Allá por la primavera me ofreciste ir á Pozuelo á leerme tu discurso como buenos compañeros, y aún me pediste hospedaje bajo aquel humilde techo. Yo te esperé confiado, preparándome al efecto con aquellos menesteres que son del hombre consuelo cuando su boca y su lengua han de hacer algún exceso. Pasaron días y días, iba á llegar el invierno y tú andabas por el mundo, sembrando chistes y versos, de la cita y del amigo importándose un bledo. Sin enojo ni sorpresa, que somos ya perros viejos, dije para mi capote: «el discurso no está hecho,» y me fumé los cigarros y me bebí el Jerez seco. Por amigos... ya difuntos, que Cañete es uno de ellos, y hasta en romances de broma y hasta en romances de broma, hace llorar tal recuerdo, tuve... así... ciertos vislumbres, trocados ya en reverberos por tu carta finiquito que me deja satisfecho sino de Manuel Palacio del Académico electo. Cariñoso amigo: ¿ignoras los muchos meses que llevo entre hinchazones y fiebres y medicinas y médicos? ¡Yo ver á Manuel Tamayo! como él estuviese enfermo, ya se ve que le vería,

y probado se lo tengo; pero siendo yo el doliente el caso muda de aspecto, que ha de conocerse en algo lo que va de Pedro á Pedro. Celebro, pues, que el discurso tenga ya hasta el visto bueno del Censor y que ande en manos de todos los Académicos, á ver cuando en estas mías tienen sus andanzas término. Como aquel que al Padre Cobos sabe tomar por modelo, te arrancas de despedida poniéndome un lindo ejemplo. «Ya que yo he sido tortuga, verte gacela deseo, contestando mi discurso presto, presto, presto, presto.» Así dices. Yo respondo: luego, luego, luego, luego, que este cuerpo y estas manos y estas manos y este cuerpo libres de reumas se vean probaré á ver donde llevo. Y considera, Manolo, que si yo fuera dialéctico, podría muy fácilmente retorcerte el argumento. ¡Tortuga tú y yo gacela! ¿hablas en burlas ó en serio? tú rollizo, tú flamante, yo reumático, yo enfermo, tú chispeante de gracia yo soso, esmirriado y huero, ¿cómo he de hacer yo en un día lo que en un año tú has hecho? Sé que por decoro propio ni lo piensas ni lo pienso. Concluyo. Que Dios nos guarde, que no va el año muy bueno, y prefiero que Tamayo me herede en vida, á que muerto se disputen mi vacante políticos y copleros.

VICENTE BARRANTES



CAMPS

UN TENORIO CATALÁN

licencioso de su vida, daremos á conocer la que le valió más renombre y fué causa de su desgracia.

Era don Gaspar de Burgues de Sant Climent un joven perteneciente á la nobleza catalana. El cielo le había dotado de hermosa presencia, de ojos fascinadores, de fácil palabra y de corazón sereno. Con tales cualidades, se comprende que las doncellas impresionables y las casaditas casquivanas se fijaran en él, más de lo que á su decoro convenía, y que inspirara serios recelos á los padres y maridos, alguno de los cuales en distintas ocasiones hubo de llamarle al orden, para enfrenar su osadía, ó exigirle satisfacción en el campo del honor, cuando no era ya tiempo de impedir sus malvados propósitos.

En no pocos lances apurados le había metido su libertinaje, y aunque en varios de ellos le tocó la peor parte, el bragado mozo no se arrepentía ni morigeraba; por el contrario, los obstáculos servíanle sólo de incentivo y estimulaban más su desenfreno.

Nada le infundía respeto, ni á nadie temía, y marchaba impávido por el licencioso camino de su borrascosa existencia, con una osadía sin límites, fiándolo todo al valor de su brazo, á su riqueza proverbial en el país y á su desenvoltura que no co-

El Renacimiento fué la época de los galanteos. El hombre necesitaba mucha luz, mucho amor, mucha expansión, al salir de la negra cárcel de la Edad Media en que había vivido por espacio de siete siglos.

Hubo cierto desbordamiento en las ideas y en las costumbres, y por eso vemos mil lances amorosos en todas las villas y ciudades españolas. El tipo del *Burlador de Sevilla*, tal como nos lo presenta la leyenda, nació en el Renacimiento, y en la misma época hubo en Barcelona un caballero de alto linaje, joven, gallardo, provocativo, pendenciero, que, por sus actos y liviandades, fué el escándalo de la ciudad.

No es el tenorio catalán creación del poeta; sino un hombre de carne y hueso. Su nombre y sus hazañas constan en el Archivo Municipal, y de entre la multitud de calaveradas — como diríamos en el día — que acreditan lo



noía igual. Vestía, como todos los galanes de su época, algo afeminado. El pelo largo y tendido, la garganta desnuda, el pecho abultado, las caderas oprimidas, las piernas descubiertas, las mangas holgadas, la camisa riquísima en bordados, el birrete con pluma, la capa encarnada, la espada al cinto, acompañada de escarcela y daga y botas tan finas como ajustadas. Así vestía, ó por mejor de cir, tal era el disfraz que usaba aquel hijo del diablo, como le llamaban en la ciudad, que suspiraba en todas las rejas, que se paraba al

todas las noches bajaba á la reja del jardín á platicar de amores con don Gaspar de Burgues, quien parecía estar locamente enamorado de ella; de la hermosa virgen que en mal hora diera oído á las almiaradas ternezas del atrevido galán.

Una noche de Julio, momentos después del toque de queda, el miserable seductor, acompañado de dos criados de su confianza, encubiertos los tres, forcejearon la reja del jardín, para abrir paso á Blanca, que así se llamaba la niña, la cual, había de fugarse con don Gaspar, cediendo á reiteradas instancias y traidores juramentos; pero la reja no cedía. El ruido puso en alarma al vecindario, promoviendo el consiguiente griterío, pues creían que se trataba de ladrones; los raptores emprendieron la fuga, acudió la ronda, se registró minuciosamente el jardín y nada: no se encontró á nadie, ni el menor indicio por donde descubrir á los causantes del alboroto. La calma renació en la pacífica calle, pero no en el corazón del noble conceller; quien no tardó en tener noticia por una criada, á la que el miedo desató la lengua, de las intenciones de su hija, es decir, de su proyectada fuga; en castigo de lo cual y para quitar prudentemente ocasión á toda reincidencia, la encerró en una casa murada que poseía en el vecino pueblo de Sarriá.

Inútil precaución. Blanca, con lágrimas y dádivas ablandó el corazón de uno de los criados de la casa, que si resistió un tanto á las primeras, se ablandó como la cera al tocar las segundas, y éste descubrió al amante el encierro de su dama. Don Gaspar montó en có-

pie de todos los balcones, que comía en las posadas, que dormía en todas partes, y en ninguna buena, que tenía francas las puertas de los sitios en donde se jugaba; que era conocido de todas las celestinas, mirado con buenos ojos por todas las bellas, y con horror por los padres, amantes, maridos y hermanos pertenecientes á todas las clases de la sociedad.

Por aquellos días del año 1519 á que se refiere nuestro relato, vivía en la calle de Arolas, en Barcelona, el ciudadano Juan de Galbes, conceller segundo, padre de una niña de dieciocho años, extremadamente hermosa y dotada de un alma cándida y de una imaginación soñadora, que



lera, reunió á sus servidores, corrió á Sarriá, y activo, valiente, decidido, penetró en la casa del con- celler, cogió en brazos á Blanca, la sentó en la silla de su caballo y se dió á la fuga con ella, en pleno día y á presencia de los atónitos y asustados veci- nos que murmuraban por lo bajo:

— ¡Es el hijo de Luzbell!

El ultrajado padre, en cuanto llegó á sus oídos tan escandaloso hecho, acudió al Consejo de Ciento pidiendo justicia contra el infame raptor de Blanca, quien no podía reparar la ofensa casándose con la ofendida por pertenecer, — ahora lo decimos, si no lo hemos dicho, — á la clase sacerdotal.

El Consejo de Ciento mandó pregonar la cabeza de aquel indigno ministro del altar, ofreciendo 300 florines á quien se apoderase de él; y salió el Veguer en su busca con 200 hombres, dando con la amante pareja en un castillejo del Vallés.

Blanca fué devuelta á la casa paterna, y encerrado don Gaspar en la cárcel del común; pero reclamó el tribunal eclesiástico y se le trasladó á las prisio- nes del Obispo, en donde murió joven y, tal vez, presa del remordimiento, por haber empleado tan mal su vida.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS

Ilustraciones de P. BÉJAR.

PASATIEMPOS

CHARADA

*Prima cinco y dos con quinta
son dos hermanas muy bellas;
una de las dos es todo
y la otra es de Antequera;
su cuatro prima es de Oviedo
y de Málaga es su tertia;
su padre una tertia cuatro
con quinta tiene en Lucena
y allá en Barcelona tiene
otra cuatro con primera.*

JUAN.

ANTÍPODAS

Detesta	1. 2.
Buena	2. 3.
Pobre	4. 5.

Las palabras antípodas de las anteriores tienen to- das dos sílabas, representadas por los números colo- cados enfrente de ellas.

Ordenadas correlativamente, tendremos la solu- ción 1. 2. 3. 4. 5. Rey de España.

OTIDRAREG.

FRASE HECHA



JEROGLÍFICO

FUSIONISTA X



SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charada. — Calavera.

Jeroglífico. — Grandes hechos de armas cuentas, mal soldado serás.

Logogrifo numérico. — Cortinajes. — Tricornio. — Teniente. — Canario. — Jerjes. — Nerón. — Rana. — Noé. — Sí. — A.

Jeroglífico comprimido. — Senado.

CORRESPONDENCIA

Tanto original vamos recibiendo para esta sección, que no hay medio de contestar á cada remitente.

Nos concretamos por lo tanto á acusar recibo de sus trabajos á los señores Torrente Cortado, F. F. Rodón, Agustín Soro, Narciso Viza, Juan J. Gutiérrez Ramos, Otidrareg, Luis de León, Pepe, J. M. V., y K. Reta, de la mayoría de los cuales desde este número aprove- charemos algo, sino todo, pues desgraciadamente abun- da poco lo bueno; en particular cuando se trata de versos.

Entre el material que tenemos á la vista, figura una charada cuyo sobresaliente mérito nos obliga á darle publicidad, desde luego, omitiendo el nombre del autor, por no ofender la modestia que comúnmente acompaña al verdadero sabio.

Te regalo este total
y no bengas con mas, primera, tertia,
dijo Juan á Maria
ahorillas de á quel-segunda, tertia.

Al que la acierte, le rregalaremos un lirio coquido, como seguramente diría el firmante de la charada, aho- rillas de á quel río... que sólo conocen él y Maria.

Fray Tinaja. Su carta y el trabajo adjunto llegó á nuestras manos precisamente en el día en que se levan- taron los carlistas en Badalona. Esto nos escamó; de suerte que leímos su proclama con prevención, no in- fundada, pues resulta una *intentona* contra el buen gusto literario. Para constituirse en cabeza de motín ó alborotar el cotarro, se necesitan cualidades no demos- tradas en su escrito.

Le aconsejamos, pues, que se cuide sólo de usted y deje en paz á los demás colaboradores.



1.—¡A muerte!
—A muerte; los dos no cabemos en el mundo. Nada de testigos. ¿Para qué? Ni médicos; pues uno de los dos ha de morir.



2.—Aquí mismo. Para matar á un granuja como usted, todos los sitios son buenos.
—Ya se me hace á mí tarde para beberme su sangre. Aquí mismo.



3.—¡Canalla! Tómate esa.
—Erraste el golpe ¡bandido!
—¡Sabandija!
—Microbio!



4.—¡Un duelo! A eso debe usted un rato más de vida.
—Lo mismo me da matarle á usted ahora que luego.



5.—En cuanto pase, te rajo.
—En cuanto acabe, te atravieso.
—¡Brrrrr!
—¡Grrrrr!



6.—¡Qué largo es esto! Y la verdad es que hace un frío...
—(A ver si ese entierro me cuesta una pulmonía doble).



7.—(Quién sabe si mañana me llevarán á mí en una caja, como á ese).
—(...Y la Pascuala y los chicos tan ajenos á todo esto).



8.—(Pues señor, se me han quitado las ganas de batirme).
—(Vaya, vaya, daré un abrazo á mi adversario).



9.—Eso de batirse, es una tortura.
—Verá usted qué vinillo más rico me ha enviado mi cuñado.

CARTELES

ARTÍSTICOS

A. MUCHA

TRAGIQUE HISTOIRE D'HAMLET
PRINCE DE DANEMARK
SARAH BERNHARDT



Publicado por el
«Theatre Sarah
Bernhardt». (Paris).

THÉÂTRE SARAH BERNHARDT

SERIE 1.^a

NÚM. 6